

que le caracteriza, á huir de noche, á causa de las persecuciones de los «hombres oscuros» de Mulhausen, á Zurich, donde Zwinglio le acogió generosamente. En Zurich ó en el presbiterio de Pfaefers, donde el abad de Pirminsberg, amigo de la Reforma, le dió hospitalidad, compuso su último escrito patriótico: «Contra los tiranos» (*In tyrannos*), cual grito de venganza en memoria de las víctimas de Landstuhl. Zwinglio procuró al héroe, enfermo ya de muerte, su último asilo en casa del párroco Hans Schnegg, muy experto en el arte de la medicina, en la graciosa isla de Ufnau en el lago de Zurich. También en esta soledad le persiguió la saña y las denuncias del odioso y maligno Erasmo, pero el pobre fugitivo se salvó pronto de hombres tales como este sabio cortesano, de todos sus enemigos y de todos los cuidados y necesidades de la existencia. Murió en 31 de agosto ó en primero de setiembre de 1523 en la isla de Ufnau: esta isla es su sepulcro, pero el verdadero lugar de éste no se conoce. Con Hutten había desaparecido el hombre que sin duda comprendió del modo más grandioso el pensamiento de la Reforma: quería sobre la base de este pensamiento verificar la regeneración política y religiosa de Alemania, creyendo haber encontrado el instrumento á propósito en los caballeros del imperio, bajo la dirección de su amigo el guerrero Sickingen. La tentativa había fracasado, pero no fué la única, pues la bandera de la reforma política nacional y social que había caído de la mano del moribundo caballero, fué recogida por el labriego alemán, aunque sólo para enrojecerla con su sangre y volver á soltarla de nuevo.

Si examinamos las descripciones de los autores indígenas y extranjeros del siglo xvi, observamos que las condiciones económicas de la Alemania eran entonces y sobre todo inmediatamente antes de iniciarse la Reforma, satisfactorias en su conjunto; sobre todo en las ciudades se había llegado á un alto grado de prosperidad. Pero la cuarta clase, la de los labradores, había quedado muy atrás, dado el progreso de la tercera; verdad es que en algunos puntos del imperio existían aún comunidades de labradores libres poseedores de gran propiedad, cuyas condiciones eran relativamente buenas; pero en general los labradores alemanes eran una «clase agobiada por las penas, un harapo pisado por todo el mundo, gentes cargadas y sobrecargadas por los servicios corporales, los trabajos comunales, los censos, intereses, contribuciones y portazgos.» El labrador se llamaba y era el «hombre pobre;» su miseria era tan evidente y tan horrorosa, que con frecuencia los príncipes y nobles sensibles y pensadores sentían remordimientos ante su estado. De ello nos ofrece un ejemplo aquel propietario de Turingia, Enrique de Einsiedel, que dirigió á Lutero la pregunta, de si estaría obligado y haría bien en quitar á los labradores la pesada carga de los servicios corporales. A esto el reformador dió la contestación, característica para el luteranismo: «No; el propietario no ha impuesto él mismo estos servicios, sino que los ha heredado de sus antepasados;» además no estaría bien renunciar á derechos vigentes: el «hombre rústico no importa que se halle agobiado, porque de lo contrario se volvería sobrado impertinente.» Los labradores alemanes al conocer la «nueva doctrina» que tan profundamente les conmovió, se habían formado sin embargo otra idea de la «libertad cristiana,» proclamada por el reformador; en muchos puntos habían opinado ya, antes de propalarse la alegre noticia de esta libertad, que el yugo de la servidumbre, bajo el cual gemían, debía romperse. Ya á fines del siglo xv y á principios del xvi la desesperación había empujado á comunidades enteras de labradores á declararse en abierta rebelión. Así se habían sublevado

en 1471 los labradores de los contornos de Wurtzburgo, en 1502 los de las regiones del Rhin, y en 1514 los de Wurtemberg; en este último país, es decir, en el valle del Rems, había formado desde 1503 una asociación de labradores, llamada «El pobre Conrado,» en el dialecto del país *Koan Roth*, á causa de no encontrar ya remedio alguno para la miseria del pueblo. Esta asociación de labradores de Suabia había adoptado también por primera vez el *Bundschuh*



LOS ANABAPTISTAS

(zapato) como símbolo y emblema de los labradores descontentos. (Sebastian Münster escribió en 1545: «Un sayo de terliz, dos zapatos y un sombrero de fieltro constituyen el traje de los labradores.») Todas estas rebeliones aisladas habían sido reprimidas y cruelmente castigadas; pero la agitación existía, aumentaba en fuerzas y extensión, produciendo en 1525 una irrupción que tendía al parecer á difundir por todo el imperio el fuego de una revolución de los labradores alemanes, habiendo estallado por fin en Suabia, Alsacia y Franconia.

Tomás Münzer de Altstaedt, un Lamennais del siglo xvi, puede considerarse como heraldo ó profeta de esta tentativa democrática para transformar á la Alemania social y políticamente; pues en el lenguaje del Antiguo Testamento predicaba un evangelio que era una mezcla del cristianismo evangélico y del moderno comunismo. La mayor parte de los jefes de la gran rebelión, Schappeler, Hubmaier, Metzler, Rebmann y Weigand eran oriundos de Suabia,



Baviera y Franconia. El jefe político que se hallaba á su frente fué el honrado Wendel Kipler, hombre instruido en derecho y diplomacia; su mejor guerrero no fué el vulgar Godofredo de Berlinchingen, sino otro noble, Florian Geier, que no medió forzosamente como su citado compañero, sino que por su libre voluntad y con el mayor entusiasmo habia abrazado la causa del pueblo, sacrificándole con fe pura y sublime, corazon y brazo, vida y hacienda. Allí donde hombres como Kipler y Geier tenian el mando, todo marchaba perfectamente y por decirlo así con cierto orden en medio de la revolucion; la fantasía apocalíptica y comunista de Münzer no encontró eco allí. El gran manifiesto de los «doce artículos principales, fundados y justos, de todos los labradores y villanos contra las autoridades eclesiásticas y laicas de las cuales creen poder quejarse,» aquel manifiesto de labradores que en la primavera de 1525 circuló por la Suabia superior, es sin duda el más importante documento político-social de toda la época de la Reforma. Aspiraba á abolir totalmente la servidumbre, á llegar á un acuerdo equitativo respecto á los servicios corporales, tributos y otros, á limitar el derecho exclusivo de caza de los nobles, á la restitucion de las propiedades arrebatadas ilegitimamente á las comunidades, al derecho de estas á elegir sus párrocos y á reformar el procedimiento judicial. Todas estas exigencias de los labradores eran tan fundadas como moderadas; y además éstos se declaraban expresamente prontos á renunciar á cualquiera de ellas que se les «demostrara como injusta segun la palabra de Dios.» Hasta el mismo Lutero, á pesar de su compromiso con los príncipes y la nobleza, cuando los labradores apelaron á «la legitimidad de sus doce artículos, á la Sagrada Escritura y al doctor Lutero,» no pudo ménos de reconocer la justicia de varios de los artículos y de amonestar á los potentados á celebrar un arreglo justo con los labradores, miétras que su secuaz Melancton condenó sin ambages á los labradores, porque su modo de obrar era contrario al mandamiento cristiano de la obediencia ciega y de la paciencia absoluta. No cabe poner en duda la formalidad de la amonestacion de Lutero á la paz y á un arreglo justo dirigida á los príncipes. Él, hijo de labrador, ¿cómo hubiera podido cerrar del todo sus ojos y oídos á la miseria de los aldeanos? Pero los príncipes y señores feudales, los opresores y explotadores del pueblo no querian entender en nada que tuviese siquiera asomos de una renuncia, aunque fuera solamente parcial, de sus «derechos bien adquiridos;» pues en tales se trasforman, segun todos sabemos, con el tiempo todos los abusos, usurpaciones é injusticias. Por consiguiente los labradores hicieron lo que creian de derecho: obtener forzosamente y con la espada en la mano lo que se negaba á sus súplicas; en Suabia y Franconia se rebelaron los villanos levantando la bandera del «zapato» contra los príncipes, nobles y sacerdotes. Desde un principio sin embargo dos opiniones distintas surgieron y lucharon entre sí en los campamentos de los rebeldes; la moderada cuyo jefe más importante era Wendel Kipler y que trataba de quitar á los labradores las cargas feudales, pero al mismo tiempo queria indemnizar á la nobleza de la renuncia á sus derechos feudales por medio del secuestro de los bienes eclesiásticos, obligando de este modo á los caballeros á que hicieran suya la causa del pueblo: la radical, á la que se inclinaba Florian Geier, tendia á la destruccion del hidalguismo y del clericalismo y á la fundacion de un gobierno unitario-imperial aboliendo los principados particulares. Es claro que no podia pensarse en la realizacion de este ideal abstracto-razonable; tanto ménos en cuanto la falta de disciplina en las huestes de los labra-



PUERTO DE UNA CIUDAD ANSEÁTICA

dores hacia prevalecer de momento la rebelion, las pasiones disolutas y la codicia más salvaje, y tanto más cuanto que el general de la confederacion suaba, el mariscal de Waldburgo, desplegaba en el Allgau y en el Hegau una crueldad verdaderamente digna de caribes en la lucha contra la rebelion, concitando el espíritu de venganza que encontraba instrumentos



diabólicos en hombres tales como Jaecklein Rohrbach. Estos «hombres del terror» en aquellos tiempos, que en alta voz declararon que se debía dar una lección ejemplar á la nobleza, fueron los que en abril de 1525 celebraron la sangrienta pascua de Weinsberg, despues que los labradores del condado de Hohenlohe y del Odenwald hubieron tomado por asalto la ciudad y el castillo haciendo prisioneros á su comandante, el conde Ludovico de Helfenstein (casado con Margarita, hija natural del emperador Maximiliano) con todos sus caballeros y pecheros. El segundo día de Pascua la aurora iluminó un espectáculo terrible que se representó en una pradera, frente al portal inferior de Weinsberg: á pesar de que su esposa, la princesa imperial, con su hijo de dos años en el brazo, se habia arrodillado ante Jaecklein Rohrbach, instigador, ordenador y ejecutor del crimen, para pedirle la vida de su esposo, el conde de Helfenstein y con él su escudero y su bufon, juntamente con trece hidalgos, fueron muertos á lanzadas con acompañamiento de tambores y de cornetas. Esta venganza, tomada contra la voluntad y sin conocimiento de Kipler y de Geier, venganza que habia alcanzado á varios nobles conocidos como los más encarnizados «desolladores de villanos,» perjudicó muchísimo á la causa de los labradores; ya porque Florian Geier, indignado de la carnicería, abandonó con su «banda negra» al ejército de los labradores, llamado la «banda clara,» no mentándose en adelante el nombre de este honrado y franco hidalgo en la junta directiva de los villanos; ya porque el terror que Jaecklein y sus compañeros habian querido infundir con aquel asesinato, recayó sobre los labradores y su causa. Lutero, lleno de furor, publicó su escrito «Contra los labradores asesinos y ladrones,» diciendo en él que «todo el que pudiese debería acosarlos, degollarlos y matarlos en secreto ó públicamente como perros rabiosos.» Y así sucedió en efecto; el poder de los príncipes prelados y señores se demostró superior á las fuerzas mal organizadas, mal disciplinadas y peor conducidas de los villanos, cuya sangre corrió á torrentes en los campos de batalla de Sindelfingen, Frankenhausen, Wirtzburgo y Koenigshofen y en los cadalsos levantados para los vencidos.

La guerra de los labradores y su fin contribuyó sin duda mucho á entorpecer é interrumpir en ocasiones el desarrollo de la Reforma. Otro acontecimiento que le hizo tambien gran daño, enajenándola miles y miles de partidarios, fué la conocida orgía, conjunto de orgullo, impudicia, crueldad, y á la par grotesco y horroroso, que tuvo por teatro á Munster, ciudad de Westfalia, por los años 1534-1535 y por actores á los sectarios anabaptistas. Un testigo presencial y víctima de la citada orgía, el ciudadano Enrique Gresbeck de Munster, nos ha descrito todos sus horrores en el dialecto bajo aleman, componiendo en un sencillo relato uno de los libros más instructivos de aquel tiempo. La facilidad con que dos holandeses vagabundos, el panadero Jan Mattbys y el sastre Jan Bockelson, pudieron apoderarse del gobierno de una ciudad alemana, residencia de un obispo, valiéndose de los recursos del fanatismo, y pudieron defender la ciudad contra su príncipe legítimo, ejercer una sangrienta tiranía contra los ciudadanos, hacer efectivos por breve tiempo los sueños más extravagantes del comunismo y de la poligamia, esta facilidad demuestra con una terrible lógica que la sociedad estaba conmovida en sus mismos cimientos, que el impulso reformador, tan justificado por sí mismo, se encaminaba á la mayor disolución, y que con harta frecuencia el pasado arrebatava la victoria al nuevo ideal.

Al mismo tiempo que en los campos de batalla de la Alemania del sur fracasaron los esfuerzos, así de los caballeros como de los labradores, para hacer fecunda la reforma en el sentido nacional y social, en la Alemania del norte la mayor creación política del espíritu de ciudadanía, la *Hansa*, iba acercándose á su ruina; y en el mismo año 1535, en que en la tierra ensangrentada de Westfalia la idea reformista degenerada cedia á la reaccion más cruel, acaeció



BAILE DEL MES DE MAYO EN MUNSTER EN EL AÑO 1535

en Lubeck la caída del burgomaestre Jorge Wullenweber y con ella la destrucción de los grandiosos proyectos de este hombre que á su modo y con sus medios anhelaba y quería lo que á su manera habian proyectado é intentado Sickingen y Kipler. La gran liga anseática habia llegado al apogeo de su poder en los tres primeros decenios del siglo XVI; sus naves dominaban el Báltico y el mar del Norte, y por medio de sus galeras de guerra y de sus buques mercantes representaba un papel importante en los destinos de los Estados escandinavos.

En el tiempo en que el rey Cristian II de Dinamarca, cuñado del emperador Carlos V por su esposa Isabel, intentaba sostener forzosamente la llamada union escandinava, es decir, la reunion de la corona de Suecia con la de Dinamarca-Noruega, la intervencion anti-danesa de la Hansa en las cuestiones septentrionales fué funesta para ella misma. Entónces ocurrió en la historia marítima anseática-alemana un episodio digno de mencion: el jóven caballero Gustavo Erikson, fundador de la dinastía real de los Wasas de Suecia, habia huido de la corte danesa, buscando y encontrando un refugio en Lubeck. La capital de la Hansa, con la cual Cristian II estaba en abierta guerra, negó al rey de los daneses la extradición exigida del jóven sueco destinado á restablecer la independencia de su patria; y Nicolás Broemsen, burgomaestre de Lubeck, resolvió con sus compañeros de consejo hacer acompañar al fugitivo